

## Danilo, Eva, la Virgen y Rosina

Danilo no se sentía feliz el Día de la Madre. Lejos de celebrarlo prefería recluirse a meditar sobre esa fecha que tenía para él un conflictivo significado debido a que su progenitora vivía dada al pecado en Valparaíso mientras él estudiaba para cura en la Universidad Gregoriana de Roma con el único y exclusivo fin de redimir a la oveja descarriada. Mentalmente jugaba con las frases y redactaba el texto de la carta que deseaba escribirle a su mamá aún sabiendo que no tendría el coraje de hacerlo. Recuerda que eres polvo y al polvo volverás. Esa sentencia sería tal vez un buen exordio para la epístola que nunca escribiría. Nada más adecuado que la severa admonición de Dios cuando, en el **Génesis**, castiga a Adán y a Eva por el pecado original. Mensaje tras mensaje, desde el cálido y tico Puerto Limón, la abuela no hacía más que pedirle: «Ruega, Danilo, por Rosina, **per la tua cara mamma.**» Sí, mi querida madre que ejerce ahora su denigrante profesión meretricia. Desde mi tierna infancia dejé de verla bruscamente. Sólo recuerdo de ella su bellissimo rostro dulce, bello e idéntico a la imagen de la Madona. Como en retribución por la culpa de la hija los abuelos encaminaron a Danilo por la ruta del cielo, comprometiéndolo a mantenerse célibe, no para ser un mísero frailecillo de aldea, no, Danilo, tú debes aspirar a la santidad o a lo mejor entrar al Vaticano y escalar posiciones que te permitan ascender hacia la tiara papal. Mis ingenuos abuelos napolitanos creen que la luna es queso. Lo que Danilo sí veía inevitable era su compromiso de entrenarse espiritualmente para su lucha posterior con el Demonio. Por eso era devoto de la Virgen cuya ayuda imploraba para triunfar en esa ruda batalla. Desde pequeño no hizo otra cosa que frecuentar colegios religiosos en los cuales se rendía culto a Nuestra Señora. Pensar en la mamá, para Danilo, era pensar en la Virgen y en el pecado de Eva. De modo ineludible giraba en su cerebro la trinidad de sus femíneas siluetas

como si fueran **las tres gracias**. El rostro de la Virgen le recordaba el de su madre Rosina cuyo pecado la asociaba con Eva. Danilo concluía que en fin de cuentas, maculada o inmaculadamente, Eva y María son símbolos de la fertilidad; las diferencia el hecho de que Eva, mancillándose, alumbró al primer hombre. María, en cambio, dio a luz al Redentor, pero fue virgen antes, en y después de aquello, decían las monjas, olvidando que la palabra **parto** puede evitarse utilizando la voz griega **Theotocos** con la que los alejandrinos designaban a la Madre de Dios. Eva es la culpa; María, la castidad. Sin manchas, sin defectos, sin fallas, la Madona es la suma de todas las virtudes. Pero el Día de la Madre, consagrado a la Virgen, lo celebran también los hijos de Eva; es decir, cada quien tiene el derecho de rendirle tributo al ser en cuyo vientre se produjo el proceso biológico de su concepción. En efecto, todo buen hijo debe querer y venerar a su madre como se ama a la Virgen. Danilo recordaba ciertos versos triviales aprendidos durante su niñez cuya anécdota narra el suceso de un galán que, después de asesinar a su madre cometió el desagravio de extirparle al cadáver el corazón con el objeto de regalárselo a su amada, prueba de amor que ella exigía; pero en su loca carrera, tropieza, cae, se queja y de inmediato escucha que la materna víscera, aún palpitante, le dice bondadosa: «¿Te has hecho daño, hijo mío?» Aún comprendiendo que era melodramático, aquel recuerdo pueril emocionaba a Danilo. Sin embargo, su profunda convicción religiosa lo hacía caer de modo sistemático en la duda más cruel, pues sabiendo que mi **mamma** es ramera y no ignorando que hay muchas otras madres envilecidas por el mismo pecado, ¿cómo ha de ser posible emparejarlas y exaltarlas a todas de modo parigual cobijándolas bajo el símbolo unívoco de la Virgen? Si en el Día de la Madre se las iguala a todas con la Madona haciendo caso omiso de que sean frutos buenos o dañados por el solo motivo de su proeza genital, ¿no estamos profanando a la Virgen y burlándonos de Ella? Nunca fue del agrado de Danilo la más mínima broma con la Reina del Cielo. Recordaba que, siendo, ya un adolescente, desaprobaba el desenfado con que en las clases de gramática, el profesor, un frailecillo rubicundo y taimado, al explicar a los alumnos la teoría del acento en voces graves finalizadas en «nos», nos recalcaba con maligna insistencia: **virgen** no lleva tilde; vírgenes, sí; porque es esdrújula. El insensato solía agregar irónico: Ni la Virgen del Cielo debe llevar la tilde: pero sí han de llevarlas las once mil. Es claro, se las tilda de **vírgenes**, decía, y en tal caso, recuérdelo, deben poner la tilde; pero cuando se trate de una virgen no vayan a ponérsela, pues ya saben que es grave.

Danilo procuraba satisfacer sus dudas argumentando que si el Día de la Madre se dedica a la Virgen es porque ella, siendo a la vez catarsis y carisma,

las purifica a todas. Pero a la mía ¿quién va a salvarla si ya está condenada al fuego eterno? El concepto que Danilo tenía de ellas se lo habían inculcado los abuelos a fuerza de insistir sobre su vida de oprobio. Como ambos lo habían criado eran para él Mamá y Papá, sólo que en cierta forma lo eran a medias. Por eso los llamaba Ma y Pa. Juntos formaban para él la unidad o sea el MAPA de su geográfico cariño. Sin embargo, la geopolítica amorosa de Danilo tenía su puerto ideal en Valparaíso. Para mi abuelo, mi mamá es **la traviata, la meretrice, la puttana, la mala fémina que vive la a Valparaíso nel suo bordello, nel propio lupanare, nella casa di mal alfare.** No existían para él términos medios ni ambigüedades. Decía: Rosina es una **sporca puttanaccia**. Mi abuelita solía sencillamente llamarla **poverella di Dio**. Yo pensaba en mi madre como en la pecadora del Evangelio. No la odiaba. No podía imaginármela como una mujerzuela, pues mi abuela supo infundirme amor por ella. Mi ideal era ordenarme cuando antes y ser un buen vicario de Dios para que el Cielo, mediante mi pureza me concediera el don de redimirla. Con ese fin leí la vida de las grandes pecadoras como Tais, María Egipcíaca y Pelagia que, según cuenta **La Leyenda Áurea**; lograron redimirse gracias a la oportuna intervención del Altísimo y terminaron siendo santas. No olvidaba tampoco a la evangélica María Magdalena, que ungió los pies de Jesucristo y, por ello, además del perdón tuvo la suerte de verlo en cuerpo y alma, tras la resurrección, cuando Él le dijo: **Noli me tangere**. Leí **Las Florecillas** de San Francisco de Asís y casi me aprendí de memoria su famosísimo **Cántico de las criaturas**. Danilo se derretía en deleites sintiéndose un cruzado caballero sobre brioso corcel combatiendo de modo paladino con el Demonio hasta obligarlo a liberar a Rosina. Pasaba horas enteras en callada meditación y aún solía usar cilicios, poco severos, pues mi piel es sensible. No soporto el dolor y, además, se ha llegado a la conclusión de que en todo eso existe algo de masoquismo. Ser santo en nuestros días no es nada fácil, pues al pasar las pruebas, tests y análisis resulta uno cundido de complejos y traumas. Por la menor sospecha los psicólogos te encajan algún síndrome. Basta ver lo que han dicho de ésta o de aquella santa. Atrocidades. Tanto me di a pensar en mis vigiliassobre el firme propósito que tenía de dedicarme a la imitación de Cristo, que comencé a soñar (Dios me perdone por la profanación) imaginándome convertido en Jesús y a mi madre, en una Virgen sin tilde. Fue entonces cuando sufrí el acceso de hiperdulía obsesiva que en cierta forma me produjo no sé que tipo de trastornos y de desequilibrio emocional. Mi exagerado amor por **La Purísima** no sólo me hizo aislarme de mis cofrades considerándolos frívolos, obscenos y juerguistas sino que al mismo tiempo tuvo efectos notorios en mis hábitos y costumbres, pues acentué mi

afán de higiene, de limpieza, de pulcritud y de pureza como asimismo mi odio a la sordidez y la inmundicia. Me agradaba tener todo en su sitio, limpio de polvo. Interesado por mi asepsia total, me bañaba en las termas, rasuraba cualquier exceso de pelambre y usaba polvos, desodorantes, perfumes y pastillas de menta o de violeta por miedo a la halitosis. Desde pequeño mis abuelos habían logrado inculcarme el culto a la castidad y el odio a las tentaciones de la carne. Mi ingenuidad me hizo pensar que era pecado comer manzanas, pues por eso Dios echó a Eva y a Adán del Paraíso condenándolos a procurarse el pan con el sudor de su frente. Veía a mi madre arrepentida, sublimada mediante mi oración hasta el punto de alcanzar la pureza y convertirse en la suma de las santas, **La Virgen**, que sí es madre de todos, debía amarme más que a cualquiera de sus hijos, pues debido a mi pureza y castidad yo era el auténtico imitador de Cristo y, de ese modo, yo era El y Ella, mi madre. Me dio por visitar diversas tiendas y almacenes, iglesias y museos, con el objeto de adquirir bellas estampas de la Virgen, reproducciones de pinturas famosas de los mayores genios de la plástica, Rafael, Miguel Ángel, Leonardo, Murillo, Andrea del Sarto, Fra Angélico y muchos más. En mi cuarto, de noche me recreaba mirándolas. Ya acostado en mi lecho, contemplando a mi madre, quedaba en éxtasis, rezando las letanías gloriosas. Una noche, en verano, recuerdo que el calor sofocante me hizo pecar, lo siento. Yo había sabido mantenerme puro. Nunca acepté deslices ni desahogos con mozas de esas que llaman **del partido**. Siempre alcanzaba las notas más sobresalientes y me citaban como modelo de pureza y paradigma de lo que debe ser un buen cristiano. Yo era ya diácono. Sólo faltaba un año para que se me concediera el sacro don, los hábitos que me convertirían en sacerdote. Como no me agradaban las francachelas de los seminaristas disipados, no había probado el vino hasta el momento en que aprendí a consagrar. Sabía que ciertos clérigos se embriagan. Comienzan con la ambrosía divina cuyo néctar los hace entusiasmarse a tal punto que luego se habitúan y al fin trasiegan todos los jugos de la vid. Vi a franciscanos ebrios en Asís cantando alegres. Creo que eran de los Países Bajos o alemanes. Recordando la desmesura de Noé me daba cuenta de las fatales consecuencias del vino, sin embargo, repito que el ritual de la misa me hizo catarlo. Al darme cuenta de que era bueno quise seguir gustándolo, precaviéndome siempre contra esa fase endeble de mi naturaleza. No debía descuidarme. Nadie tenía por qué saberlo. Necesitaba tomar mis precauciones, lo cual no era difícil pues mi conducta recatada y adusta había hecho que mis cofrades me rehuyeran, sobre todo, por mi fama de santurrón, de introvertido, de niño bien portado. Con todo y eso temí caer sin darme cuenta en el vicio, lo cual significaba un grave peligro para mi

apostolado ya que mi voluntad, mi recia fortaleza podían venirse abajo con el menor desliz. Tardíamente tuve clara conciencia de ese riesgo cuando Dionisos ya me tenía en la urdimbre de su red, pues goloseaba aquí y allá con fruición el riquísimo vino de consagrar. A fuerza de mil mañas lo adquiría y astutamente lo ocultaba en una especie de celda donde había conseguido vivir solo, sin compañeros inoportunos. Mi prestigio de místico y mi amistad con varios superiores me brindaban tales prerrogativas. Coadyuvo a ello el haberles confesado mi incoercible vergüenza de que me vieran desvestirme. Por las noches, ya encerrado en mi celda y acostado en mi lecho, bebía sin excederme jamás, pensando que cualquier contingencia inesperada pudiera dar al traste con mi prestigio de buen seminarista. Tal vez, sin percibirlo, me exedía a veces en la dosis, pero dormía feliz, sin preocupaciones. Con el vino eucarístico solía ingerir recortes de hostias que me gustaban mucho porque me producían una rarísima sensación de deleite. Lo que yo hacía no era pecado puesto que simplemente consagraba con el pan y el vino celebrando una misa íntima en honor de la Virgen cuyas famosas letanías recitaba. Repito que esa noche hacía calor; no soplabla la menor pizca de aire y era tal el bochorno que, de tanto sudar, había empapado mi pijama. Me lo quité. Busqué a tiendas el otro, sin hallarlo, pues por tener abiertos los postigos de la ventana fue necesario apagar la luz evitando miradas indiscretas. Me acosté así desnudo; seguí bebiendo a sorbos el delicioso vino; pero la oscuridad me impedía contemplar las imágenes de la Virgen sin tilde y otras de Eva con la hojita de parra. Como a ambas las había emparentado con mi mamá Rosina, seguí bebiendo e implorando en mis rezos su redención, convencido de que así lograría dejarla limpia de cualquier impureza. La imaginaba libre de toda culpa, pues fue Papá Zvaní quien la impulsó a escapar de casa debido a su lascivia y los maltratos que le daba. Yo le ofrecía el pretexto de sus continuas furias por ser hijo de un marinero de esos que nunca vuelven. Ese recuerdo me producía complejos de culpabilidad. A falta de una linterna sorda que me dejara contemplar las imágenes, acaricié al oscuro las estampas, imaginándome la belleza de la Virgen, de mi querida madre purificada, mientras seguía bebiendo y el calor me agobiaba. De pronto me di cuenta de que mi cuerpo, enfebrecido por el licor y acaso por hallarse desnudo y sofocado, comenzó a reaccionar de modo impuro y a la inversa de mi cristiano misticismo. Recordé a San Antonio impíamente tentado en el desierto de la Tebaida por mil demonios. Yo que, por timidez o devoción, jamás había sentido la pulsación del sexo, quedé erecto y con violentos deseos de masturbarme. Sentí terror y oprobio de mí mismo. Tal vez tenía en la sangre algún demonio que me impulsaba a cometer villanías que era

preciso desalojar de mi ánimo. Corrí al baño; me di una buena ducha y después de frotarme con la toalla me eché en la cama refrescado y me dormí con los vapores del vino. Penumbra, humo de incienso, luces tenues y vitrales sagrados. Muchas antigüedades, mil imágenes y cuadros de la Virgen. El comerciante (barba en punta, cejas arqueadas hacia arriba) se me acercó muy zalamero: Ya tenemos la Virgen corpórea que usted nos encargó. Es de tamaño casi natural. Creo que el artista se ha esmerado sólo por complacerlo y ha creado una obra de arte. No se trata de una imagen vulgar estructurada con material de yeso o cartóné. Verá qué joya hemos logrado. Tal como usted la presentía. Mírela aquí. Deléitese. ¿Qué le parece? ¿No es algo prodigioso? Quedé como hechizado. Frente a mí, a poca altura y a portada de mano, resplandecía la Virgen iluminada por un rayo de luz. Sentí la misma impresión que debió haber experimentado Pigmalión ante la estatua de Galatea. Sólo que mi Madona no parecía una estatua. Los pliegues de la túnica celeste ondulaban, se movían suavemente debido acaso al aire de los ventiladores porque a pesar del sofocante calor yo sentía frescas ráfagas de brisa. Con voz meliflua e insinuante, el vendedor, de faz mefistofélica, seguía loando la prodigiosa habilidad del artista, diciéndome: Debajo de la túnica no hallará un simulacro como ocurre en la habitual imaginería. Si la despoja de sus ropajes notará que es la grácil figura de una gentil doncella, desnuda, pura y bella, sin que le falte ni un adarme de las características de una mujer sexualmente completa. Me refiero a lo genéticamente femenino. Tóquele usted las manos. Sienta la tersura del rostro. Parece piel auténtica, ¿no es cierto? La hemos estructurado con una pasta de hule que imita la epidermis. Fíjese bien, el tono rosa del cutis enrojece, se torna de color encendido con sólo presionarla con los dedos. Da la impresión de que se ruboriza. Puede usted complacerse acariciándola. Bájela del sitial. Pesa menos que una criatura adolescente. ¡Cuidado! ¿Se ha pinchado? La modista dejó algún alfiler en la túnica. No permita que esa gota de sangre caiga en el piso. No olvide usted que estamos en un lugar sagrado. No se preocupe. Su sangre fungirá como tinta. Firme con esta pluma de ángel. He aquí la factura. Ya está. Ahora es usted el dueño y señor de la imagen. Queda en sus manos. ¿Dinero? Ni pensarlo. No soy un mercachifle. Me agrada más el trueque, el cambalache. Con su firma me basta. Yo cobro a largo plazo. Ya usted verá que mi ganancia es casi insignificante. Le he vendido a la Virgen por una nadería, una bicoca. En realidad se la he cambiado por su alma. Me la dará después cuando, cargada de auténticos pecados, se canse de ella y la deseche al morir. Me voy. Quédese solo con la Virgen. Goce y alégrese. ¿No me oye usted? ¿Está abstraído? Cálmesese. Buena suerte. En efecto, yo casi no lo oía.

Miraba absorto, como arrobado en éxtasis, la juvenil belleza de la Virgen y ni siquiera sopesé las consecuencias de haber firmado un indeleble e irrevocable pacto con el Diablo que, dicho sea de paso, se esfumó como por arte de magia. Bajé del pedestal la leve imagen y en la suave penumbra del santuario acaricié la tersura de su cutis. Miré hacia todos lados queriendo cerciorarme de que no había miradas indiscretas espiándonos. Sólo ella y yo en mi lecho. Anhelante, la despojé de sus ropajes hasta dejarla intacta en su desnuda belleza. Sentí el suave contacto de sus senos, de su vientre y sus piernas. Comprobé que en verdad era perfecta en sus detalles femeninos y aun en todos sus órganos genésicos. Me había excitado briosamente. Me sentía erecto y lúbrico. ¿Era la Virgen o era Eva recién amanecida en el Paraíso? No, mamá, bendita eres entre todas las mujeres, sí, mamá, estoy llorando, recíbeme de nuevo, soy tu hijo, Dios te salve, sí mamá gratia plena, sí y bendito sea el fruto de tu vientre, sí, Rosina traviata, lentamente, así linda, sin prisa, suavcito, así, así. Ten cuidado. Ya está ahí la serpiente. No le hagas caso. No comas la manzana. ¿Ya la mordiste? ¡**Mannaggia** la miseria! Dios te va a castigar, pobre **mamma**. Quedarás condenada a ganarte el pan con el sudor de tus piernas o a ganarte las piernas con el sudor del pan. Si existes, piensa que ésa es la duda cartesiana. Creo oír la voz de Dios. ¿Qué es lo que dice? Parece que pronuncia la palabra perdón. Entonces, regocíjense, abuelos, mamá va al paraíso. Te salvaste, Rosina. Creo oír la voz del Diablo que repite de manera monótona: Va al Paraíso, Val Paradiso, Valparaíso...

## La mansión de los Lípero

El enorme y antiguo caserón de los Lípero, junto a la iglesia, abandonado desde bastantes años atrás, tenía fama de ser una mansión embrujada, tal vez porque su añeja y gruesa puerta coincidía vis a vis con la que daba entrada a la sacristía. Las separaba apenas su sombrío callejón por el que los chiquillos no nos aventurábamos cuando caía la tarde y mucho menos en las noches de luna. Sólo a veces, a pleno sol, osábamos mirar el mobiliario a través de las rendijas. Papa Chente fungía como custodio, pero él mismo afirmaba que la dudosa propiedad de la casa le daba casi visos de bien mostrenco, pues sus innumerables herederos jamás habían pagado impuesto alguno.

Los primitivos Lípero se fueron de la isla desde los tiempos de Ña Upa. Como eran gente rica, se marcharon a Europa y no volvieron. Los ancianos que cada tarde charlaban y fumaban en Peñalerta recordaban que el último fulano que frecuentó la casa fue Bebo Lípero, que era dueño de naves de cabotaje. Desembarcaba a veces, solo o acompañado; pernoctaba en la casa una o dos noches y armaba fiestas que eran piedra de escándalo; Dejaba hijos bastardos por doquiera que su balandra anclaba. Como era tan tacaño, ni les donaba su apellido.

Quien atendía al aseo de la mansión en esa época era Juliana, joven honesta que, por ser prima hermana de los Laderas, se veía contrariada en sus amores con quien en ese tiempo era piloto de Bebo Lípero.

Se llamaba Pacífico. Le decían Paco, pero no era pacífico.

Bebo abusó una noche a la muchacha. Pacífico Ladera juró vengarse, pero amainada su ira, lograron enrolarlo de vaporino. Durante varios años, ni Plácido Ladera tuvo noticias de su hermano menor.

Con dos hijas de Bebo (Lala y Lola), Juliana se instaló en la mansión pero más bien sólo era ama de llaves. Las niñas la ayudaban en la limpieza.

Bebo Lípero tenía sus aventuras en cada puerto y, además, una amante de asiento en la capital. De cuaresma en cuaresma anclaba en la isla; bebía, fingíase exhausto y, olvidando a Juliana, dormía como un lirón. Joven aún, ella añoraba el viejo amor y, desdeñada, languidecía esperándolo, a sabiendas de una imposible boda por ser primos hermanos.

Una noche sintió que alguien tocaba. Abrió la puerta y entró como un turbión Paco Ladera sabroso a sal y a yodo de mil mares lejanos. De manera espontánea y sollozando se echó en sus brazos y se dejó arrastrar, desesperada, por la antigua pasión.

Bebo Lípero se enteró del asunto sobre todo porque, sin él tocarla, Juliana quedó encinta de nuevo como por obra y gracia del Espíritu Santo y, más que nada, porque Pacífico Ladera se pavoneaba y hacía alarde del hecho.

Temiendo un desacato, Juliana regresó con los suyos al ambiente hogareño, justo al lado de la casa cural, llevándose consigo a ambas niñas.

Desde entonces no se atrevió a salir. Toda su nueva gravidez la hizo encerrada, llorando, recelosa, temiendo algún ultraje de Bebo Lípero quien, a su vez, soberbio y caprichoso, alegaba derechos de patria potestad sobre las hijas y prefería internarlas en un orfanato si Juliana no volvía a su redil.

Paco Ladera, que deseaba casarse con Juliana, se hallaba en entredicho, pues el otro se volvió intransigente hasta una noche en que, bebidos, engarzaronse en mutuos improperios. Paco Ladera dijo: Si no dejas de joder a Juliana yo seguiré poniéndote los cuernos y lo haré con tu anuencia. Furioso, Bebo le asestó un bastonazo. Paco sacó el revólver e, indignado, le disparó seis balas a quema ropa. Con todo y eso, ni una de las heridas fue mortal. Bebo Lípero se habría salvado de milagro. Murió de pulmonía por el descuido de una enfermera inhábil.

Mientras sufría en la cárcel en espera del juicio, Paco Ladera corrió la misma suerte. Nunca se supo si su muerte se debió en realidad, como dijeron, a una peritonitis, pues, siendo liberal, tal vez lo enfriaron.

La sufrida Juliana no salió más de casa ni siquiera para entrar en la iglesia. Cuando murió de flato como decía la gente, Lala y Lola, como

hermanas mayores de Chabela la criaron y educaron pero con cierta inquina reprimida. Por tal motivo, María Isabel, aún siendo ya maestra, las respetaba siempre, sobre todo a María Adelaida. Sus desventuras posteriores siempre tendrán por causa ese excesivo sometimiento a las hermanas mayores.

Bajo la vigilancia del Juez Barcia la antigua casa de los Lípero sólo era un bien mostrenco llena de ratas, moscas y fantasmas. Nadie quería alquilarla. Por eso toda la isla puso el grito en el cielo cuando se supo que alguien iba a ocuparla. Tal locura sólo podía intentarla un forastero poco enterado de los hechos.

En efecto, quien iba a residir en el vetusto caserón de los Lípero era ni más ni menos el hombre de la barba nazarena. Para colmo se supo que, enterado a cabalidad por Papa Chente y Faustina, no hizo ningún alarde de coraje ni dio señales de enfatuada incredulidad. Cuando Chabela y Cándida quisieron disuadirlo, les expuso razones que casi nadie en la isla habría podido contradecir. Debía quedarse. Necesitaba hacerlo. Gracias a que era un gran experto en construcción de navíos, Juan Dávila le había ofrecido no sólo un buen contrato sino además iba a ocuparse de todo el papeleo exigido por las autoridades para que le dejaran permanecer en la isla. Decía él que la mansión de los Lípero era la única residencia que le venía como de perlas, pues además de ser céntrica, amueblada y extensa resultaba adecuada debido al gran traspatio donde iba a establecer un taller a la medida de su propio deseo. También en él cultivaría flores y abejas. En cuanto al alquiler, una ganga, pues contaba con muebles y fantasmas. Tendría tanto trabajo que, en las noches, rendido de cansancio, se quedaría profundamente dormido. No iba a sobrarle tiempo para rendirle honores al difunto. Creo que hay en ella espacio suficiente para que cada cual circule con la más plena libertad. De todos modos me sentiré más cómodo que esos días sofocantes e insufribles en la incómoda Unidad Sanitaria donde dormí en el suelo en compañía de groseros y malhablados oficiales.

—Por fortuna, señoras y muchachas de la **high life** solían hacernos visitas diarias y nos hacían pasar muy buenos ratos. Aun las maestras de la isla fueron un día a llevarnos frutas en compañía de Cándida. Por consejo de Serafín del Carmen, esta última consiguió que el papá me contratara cuando supo que era experto en navíos.

Felipe y sus compinches iban de noche a conversar con Beto Cárcamo quien tenía que hacer guardia para cuidar el orden de quienes ejercían de

centinelas en la escuela. Mientras hacían sus turnos, los soldados debían gritar las horas.

Beto Cárcamo no había podido darle a Pipe las botas por no haber retirado su talega con prioridad al zarpe del navío.

Cuando, tras una larga y obsesiva espera, pudo entregárselas, Felipe enmudeció deslumbrado pues, además de bellas, le quedaban al pelo. ¡Qué bruto he sido! ¡Pobre papá!

—Por suerte, ya terminó la guerra y embarqué hacia su tierra a los prisioneros—, comentó Beto Cárcamo.

—¿También se fueron los oficiales? —inquirió Pipe.

—Sí. Todos, menos uno.

Poco más tarde, Chon Candela le dijo que en la casa del Ñopo estaba ese hombre de la barba nazarena. Va a construir balandras y hará varios trabajos para el Ñopo. Dice que puede emplearte y enseñarte el oficio.

Chon Candela y Felipe se encargaron de la limpieza de la casa. Los muebles eran de estilo antiguo. Se notaban bastante apolillados. Fue necesario sacudirles el polvo y empapelar de nuevo las paredes, renovar los colchones, comprar ropa de cama: almohadas, sábanas.

Como por arte de birlibirloque, el viejo bodegón de quincha y tejas que antes fuera propiedad de los Lípero pasó a poder del Ñopo por sólo una bicoca. El Juez Barcia era ducho en macalusias, argucias, triquiñuelas y, de la noche a la mañana, el Municipio declara al edificio un bien mostrenco.

El hombre de la barba nazarena se mudó al poco tiempo a la mansión que, desde luego, era una casa magnífica y en ella se encontraba a sus anchas. Lo que más le agradaba era el estar casi a un paso de la iglesia. Con la ayuda de Pipo y Chon Candela la había arreglado, enriquecido y ambientado. El taller, que era fresco por ser al aire libre, quedó instalado en el traspatio mientras el Ñopo construía uno adecuado en plena playa. El jardín se prestaba para el cultivo de flores y abejas ya que en la isla lo que más abundaba eran las flores.

—Nadie sabe tu nombre —dijo Felipe.

—La gente ya te llama Nazareno —rezongó Chon Candela.

- No se olviden que sigo siendo un desertor.
- Creo que el Ñopo conseguirá papeles y legalizará tu situación en la isla —confirmó confanzuda Chon Candela.
- Puede que eso demore.
- Debo darte las gracias por salvarme —dijo Felipe.
- No sé a qué te refieres.
- Cuando me estaba ahogando. Si no es por ti, me jodo.
- Seguramente lo soñaste, Felipe. No soy buen nadador.
- ¿Por qué usas el cabello y las barbas como Cristo?
- Chon, eres indiscreta. Es una manda.
- Dime tu nombre, coño.
- Hipólito.

## IV

### El Santo Clavo

—¡Danilo! ¡Danilo!

La voz alegre de sus primas lo hizo asomarse a la ventana. Echó un vistazo a la bahía de Pausílipo, que se abría ante sus ojos cada mañana como un gran abanico de colores con barcas, mar y cielo.

Adelantándose a Lisetta, Norina dijo:

—¡Llegó una carta para ti!

—Si quieres, te la subo —dijo Lisetta—. La tengo yo.

Ambas hermanas, miradas en escorzo desde arriba, se veían más pequeñas y de estatura casi idéntica.

—Debe ser de mi abuela Teodorina. ¿Tiene estampillas ticas?

—No, chilenas —aseguró Norma.

—¿Para mí? ¿Estás seguras?

—Claro —afirmó Lisetta—. El sobré dice: Danilo E. Salerno. No especifica el nombre de esta calle ni la numeración de nuestra casa, pero, en cambio, menciona entre paréntesis a Teófilo Salerno, sacristán de la iglesia de Pausílipo, Nápoles.

—Puede ser de Renato Sant'Elmo. Recuerda que es capellán en no sé qué parroquia de Chile. Busca su dirección en el reverso.

—Sólo indica sus iniciales R.S. Las señas dicen: Tabernáculo, Calle del Puerto, Valparaíso.

—¡Qué bueno! Finalmente me escribe. Sin embargo, no quisiera leerla de inmediato. Sé que me voy a emocionar como un loco.

—Creo que es algo sumamente importante —dijo Lisetta.

—Por eso mismo prefiero demorar su lectura. Sea para bien o para mal, en este instante lo que más me preocupa son mis exámenes finales. La leeremos después con toda calma. Necesito estudiar. Sean buenas y pacientes. No me mal interpreten.

Volvió a su mesa de trabajo y se enfrascó nuevamente en sus problemas de orden teológico y científico.

Afortunadamente, tras dos o tres semanas, alcanzaría su título y podría emprender su viaje de vuelta a Centroamérica. Sería un buen salesiano especializado en construcción de navíos. Con la ayuda del bisabuelo Teófilo, el superior de la orden le permitió aprobar materias en la Universidad y en la Escuela Naval.

Desoyendo el mandato de su exigente abuelo Giovannino, Danilo había logrado compaginar su vocación marítima con la severa devoción eclesiástica. Regresaría a Puerto Limón vuelto ingeniero y arquitecto naval, pero como era profesor salesiano, su sotana le daría la apariencia de un sacerdote. Teodorina y Giovanni, que eran ingenuos e incultos, se tragarían la píldora.

Cuando mi madre se dio a la vida airada y huyó de casa, mi abuelo Giovannino, adoptándome, decidió encaminarme a la vida religiosa. Quiso que fuera cura para que redimiera a la oveja descarriada. Anduve interno por varios seminarios de Centroamérica sin contar que, de niño, inicié mis lecciones de latín con un párroco que, por ser italiano, se entendía ambiguamente con Teodorina.

Llegué a Roma en la época del cometa Halley. Se comentaba mucho de ese astro excéntrico, pero en verdad no pude verlo. Me interesaba más la vida nocturna de la Ciudad Eterna. Me pasaba la noche divertido bailando en sus casinos.

Mis deficiencias teológicas me obligaron a recibir clases privadas, sobre todo para perfeccionar mi latín, pues supe que en la Universidad Gregoriana los cursos se impartían en esa tediosa lengua muerta. Sin posibilidades de inscribirme como alumno regular ni de internarme en el Pío Latino, viví a